



TOMO VIII.—NÚM. 18.

REVISTA LITERARIA.

AÑO VII.—NÚM. 379.

ANUNCIOS: á precios convencionales.
Número suelto, un real.

Director propietario: VALENTIN L. CARVAJAL.
Administración, Lepanto 13.
ORENSE.—DOMINGO 25 DE ABRIL DE 1880.

SUSCRICION: 5 pts. trimestre
en toda España.

SUMARIO.

El lalalo ó la-lá-las, por Fernando F. Fulgoso.—A la vuelta, por José Nóvoa y García.—Estudios arqueológicos, (Santa María del Campo, de la Coruña,) por Antonio de la Iglesia.—Discurso, por D. Ricardo Nóvoa y Nóvoa.—Ecos de Orense.—Anuncios

EL LALALO O LA-LA-LAS.

(Conclusion).

III.

Diestro cazador era Lalo, pero sus pasos se dirigian siempre al mismo lugar, bien que á la bajada del castillo tuviese la costumbre de seguir cada dia por distinto camino. No lejos del mar, y en sitio por demás agradable, vivia Rauvena, hija de una antigua familia noble, de aquella tierra, desposeida por los Kimbris de su primitivo poderio y de casi todas sus riquezas. Muerto el padre de Rauvena en el último levantamiento contra Eurico, quedó la jóven triste sin mas amparo que su anciana

madre, ciega y enferma, y un servidor que cultivaba el pequeño huerto que habia en torno de la casa.

A ella acudió Lalo, despues de discurrir por valles y montañas en diversas direcciones, para que su feroz padre no cayese en sospechas, que bien podia causar la desgracia y aun la muerte de la desventurada Rauvena, en verdad desventurada pues amaba á Lalo el Kimbri, esto es, al hijo de los enemigos de su estirpe matadores de su padre.

La madre ciega, fué al principio fácilmente engañada, pero el siervo miró siempre con torvos ojos á Lalo. Mas, como éste no sabia mentir, pronto se dio á conocer por quien era, perdonándole al cabo las mujeres su origen; que la lealtad en el alma y la verdad en los labios tienen irresistible fuerza para enseñorearse de los corazones francos y sencillos.

Lalo, como siempre, llegó un dia á

casa de Rauvena sin advertir el menor cansancio, el cual solo le molestaba cuando no tenía otro remedio que volverse al castillo de su padre.

Hermosa era Rauvena, bellisimos sus pardos ojos, rizado su cabello castaños. Sentada en un verde ribazo, a cuyos piés corrían las aguas de un arroyo que, á no muy larga distancia, se deban en humilde tributo al mar, parecía Rauvena la *Elfa* o *Fada* de aquellos lugares, á los cuales, y á los demás por el estilo, creían nuestros sencillos padres, ántes de la venida del cristianismo, que estaban consagrados á séres hermosos y benéficos.

A los piés de Rauvena ponía Lalo arco y flechas, á su lado se sentaba, de sus labios oía blandas é inocentes palabras, y en sus ojos contemplaba la ventura sin mancha que en el Walhalla espera á los buenos y esforzados guerreros. Horas pasaban mirándose en silencio, mientras sus corazones latían á la par y sus dos almas se trocaban en una.

Hablábanse en voz baja; mas de pronto dijo Lalo alzando la voz:

«No hay nada imposible para un Kimbri. Pues lo soy; tú serás reina de Iberia!»

«No prometas lo que nadie te pide, ni aun desea,» respondió Rauvena.

«Me lo pide mi corazón y lo deseo yo.»

«Ya te olvidas de que vive tu padre?»

«Cierto,» repuso Lalo amargamente, «mi padre según él, tiene sobre mi derecho de vida ó muerte, así como sobre todos sus vasallos. Rauvena; mi padre es tirano y debéis de aborrecerle.»

«Nosotros no aborrecemos á nadie.»

«Eres bueno como una hija del cielo; te agradezco tus palabras, por que, al cabo, Eurico Kimbri es mi padre, y hasta ahora le he obedecido en todo—menos...»

«Serás capaz de desobedecerle en algo?»

«Si, Rauvena, pues te vengo á ver.»

«No soy bastante noble para un Kimbri?»

«Para mi padre, francamente, no, Rauvena. Ya sabes que no conozco la mentira.»

«Pues entonces á que vienes á esta casa?» repuso Rauvena con los ojos llenos de lágrimas

«Oyeme amor de mi alma. Ha ya muchísimos días que mi padre me ha prohibido pisar el umbral de tu casa, amenazándome con la muerte si llegaba á desobedecer.»

«Huye entonces de aquí cuanto antes, Lalo. No permita el Dios criador que yo sea causa de tu muerte!»

«Ya no hay remedio: el Dios criador quiere sin duda, que nuestras almas vivan eternamente unidas, pues mi padre ha jurado matarme si me sigues amando.»

«Triste madre mía!» repuso Rauvena llorando. «Quién había de decir que tu hija moriría antes que tú?»

«Que dices?»

«Que todo lo puedo intentar en este mundo, menos dejar de amarte, y de esa manera, tu padre habrá de cumplir su juramento, ó no ha de ser quien es.»

«No me hagas temblar Rauvena. Ven, huye conmigo. Iremos á otras tierras a donde no alcance el brazo de un padre desalmado.»

«Huyámos cuanto antes, Lalo.»

«Bien; mañana vendré por vosotros, y el siervo nos acompañará.»

Ambos jóvenes se abrazaron para despedirse.

«Lalo! La—» gritó á este tiempo un hombre, con voz semejante al rugido de hambrienta fiera.

Con los gritos llegó una flecha á clavar-se en un árbol, á cortísima distancia de Lalo y Rauvena.

«Aparta, Lalo!» gritó Eurico, asestando de nuevo el arco, «aparta que voy á matar á esa maldita Fada que te tiene hechizado!»

Lalo, sin contestar palabra á su padre, se puso delante de Rauvena.

«Acércate señor,» decía el siervo á Eurico, «llégate á ellos, y demás cerca le podrás matar.»

«Tienes razón siervo los dos han de morir.»

«Lo merecen,» repuso éste, el cual había ido á avisar á Eurico de que Lalo estaba en casa de su señora.

Acaso el odio que el siervo tenía á los

Kimbris llegaba igualmente á Rauvena por haber amado á uno de ellos; acaso el siervo contaba con poder salvar á su ama, logrando unicamente la muerte de un Kimbri á manos de su padre. Nécio ó infame intento, que no pudieron ver cumplidos sus ojos: pues Eurico ciego de cólera, le abrió la cabeza de un hachazo, diciendo:

«Toma, maldito seas, que me viene obligando á matar á mi hijo!»

«Huye, Lalo!» gritó de nuevo Eurico, «huye lejos de esa mujer!»

Mas Lalo cubria siempre con el cuerpo á su adorada Rauvena. Llegose á ésta Eurico, y alzando el hacha la mantuvo un momento en el aire, como si fuerza superior le detuviera; cayó al cabo el arma terrible... y á los piés del parricida quedó muerto el infeliz amante de Rauvena. Por la primera vez de su existencia tembló Eurico; miró al suelo, y sobre el cadáver de su hijo vió á la jóven, que con desesperado acento, gritaba:

«Lalo! Lalo!»

IV.

Eurico tiró el hacha, huyendo sin timo por aquellos alrededores.

Cuando volvió al castillo, halló á sus puertas infinitas mujeres acompañando á otras, que llevaban en andas el cuerpo de Lalo. Todas pronunciaban á un tiempo el nombre del desventurado jóven, á cuyo lado iba Rauvena.

«Fuera de aquí!» gritó Eurico, «franca la puerta al señor del castillo!»

Soldados con lanzas y espadas salieron, golpeando é hiriendo á las tristes mujeres, las cuales huyeron al valle, en donde se quedaron rodeando el cadáver de Lalo, y sin acertar á pronunciar más palabras que el nombre del muerto.

En vano bajaban de vez en cuando los de Eurico á hacer callar á las desconso- la las plañideras; todas huían, menos Rauvena; pero todas volvian luego á cantar

sentadas en derredor del sitio en que al cabo habian enterrado á Lalo.

Asi pasaron muchos dias, sin que todo el miedo que Eurico causaba las estorbaba el pronunciar, al menos la mitad del nombre querido.

En lo mas callado de la noche, cuando los Kimbris dormian, despertaba Eurico sobresaltado, al oír allá en lo hondo del valle, una voz lastimera que decia: «Lalo! Lalo!» callándose de repente para empezar á poco de la misma manera.

Largas veladas pasó Eurico temblando y creyendo que aquella voz era mentirosa ilusion, causada por el remordimiento.

Mas, al cabo, en una noche de luna, el jefe Kimbri despertó á sus guerreros, yendo con ellos al sitio en que se oía la voz de siempre. Desierto parecia el valle; triste y solemne silencio habia puesto miedo á corazones que no latieran en pechos de Kimbris. Seguian estos en silencio á Eurico, cuando de pronto se detuvieron todos al oír que una voz femenil y tristísima decia entre suspiros y gemidos; «Lalo! Lalo! Lalo!»

«Maldita seas!» gritó Eurico, disparando una flecha hácia donde se oía la voz, la cual dejó de oírse para siempre.

A la mañana siguiente hallaron las jóvenas del valle á Rauvena, herida de muerte y sin fuerzas para hablar; tan solo acertaba á decir de vez en cuando: «Lalo!»—

Todo el dia permanecieron á su lado cubriendo el cadáver de flores y repitiendo las amadas sílabas, últimas que habia pronunciado Rauvena.

Eurico, no teniendo valor para bajar mas al valle, dejó en la comarca á una parte de los suyos por dueños de la tierra, señorio cuyo indeleble recuerdo refiere á las generaciones presentes y venideras el nombre de Cambre, mas de una vez repetido en lo que es hoy provincia de la Coruña.

Eurico, siempre feroz y sanguinario, se puso en camino hácia el Sur y siguiendo la costa; los Kimbris que con él iban,

respondían á los habitantes que preguntaban por el nombre del jefe:

«Antes se llamaba Eurico; hoy se llama Cambaos (1), pues ha tenido ánimo para matar á su propio hijo.»

Así perdió Eurico el nombre, perpetuándose, en cambio, el que á su ferocidad debia, de lo cual es mudo testimonio el pueblo de Cambados, en cuya comarca halló al cabo la muerte el parricida.

De más es decir que fué inútil remedio para aplacar sus remordimientos el cambio de lugares. El triste plañido de Rauvena cundió por toda Galicia, de tal modo, que aún las mugeres de los Kimbris le repitían.

De igual manera, hoy, las hijas de los vencedores y de los vencidos, conocidas ya únicamente por el hermoso nombre de «hijas de Galicia.» repiten á una, y con el propio lamentable acento, el tierno y tristísimo cantar que recuerda el sin igual amor de Rauvena y la mísera desventura de Lalo.

FERNANDO F. FULGOSIO.

A LA VUELTA.

(Continuacion.)

El *Luchana* era y es un vapor que apenas tiene cabida para el capitán ni para su apellido que es Zaraqondegui. Desde que lo conocí siempre que oigo ó leo: el héroe de *Luchana*, antes me acuerdo de este capitán que del ilustre caudillo de las tropas isabelinas. No acierto á explicarme como puede vivir sin dormir mi hombre, pues, doy fé que no cabe acostado en el vapor. ¿Se quiere más heroísmo?

Llegamos por fin; las aguas de la ría ferrolana se abrieron para dar paso al ancla que estrepitosa se escurre en el mar como diría Camprodon y momentos des-

pues una cuadrilla de botes rodeaba el vapor que casi desaparecía entre ellos. Allí estaban los decanos de aquella importante industria: *Real* elocuente como Castelar é incomprensible como el sanskrit; *Más*, el clasico, el prudente que para amenazar á algun colega le dice: te voy á levantar la mano; *el tío Picos*, pequeño como Thiers; é intrépido como Sebastian de Elicano; todos en fin, los prohombres del muelle; dueños absolutos de las encrespadas olas y de los cabos de mar, el que menos con una campaña en los barcos del Rey, el que más recordando á los franceses en el monte Brion y el vino á dos cuartos cuartillo.

Momentos después hice lo que César cuando dijo: *Africa, ya eres mía*; salté en tierra más derecho que César, que se cayó en tan importantísimo momento histórico. Esto y exclamar: *aun hay patria*, fué todo uno. Acababa de oír la tradicional y significativa frase, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos: *Señorito: quer que llo leve? Ben lle sei á casa*. Este es el grito de guerra de las incansables ciudadanas que se dedican á transportar equipajes desde el muelle á los domicilios de los viajeros; grito que tiene un sonsonete particular y que se acomoda en sus distintas inflexiones al aspecto del consumidor, es decir, del que tiene aun equipaje y no tiene la menor noticia de que existe una benemérita institucion encargada de registrárselo á cada media legua de camino.

Seguendo el mio di en un numeroso corro de gente en medio de la cual uno á manera de ciego con voz lastimera y un violín lastimoso vendia á dos cuartos ejemplar de ierrorífica historia, *de una malvada mujer aborto de Satanás*, que habia asesinado á diez y ocho ó veinte personas y á un arriero cuya viuda murió de repente al ver que en la récua faltaba su marido. Poco más lejos y con mayor concurrencia que la que rodeaba *el aborto de Satanás*, alzábase un cartel pintarrojado, en el cual, según explicaciones confidenciales, se veia el verdadero fac-simile de una horrible fiera, que limpió de niños porque se los comia cru-

(1) Cambá, fuerza, Baos, destrucción.

dos no sé que comarca europea ó africana y que prometia comerse á todo bicho vivo. Tambien la horrible fiera valia dos cuartos y en esto si que era consecuente el embaucador que la vendia por que recordé que doce años antes usaba públicamente igual conducta en todo lo referente á la misma estúpida calamidad. Si bien estos dos charlatanes me hicieron desear de todas veras que Júpiter ó el señor Alcalde tomasen cartas en el asunto, los curiosos que alli perdian su tiempo y sus dos cuartos me hicieron pensar algo mas triste y hasta, lo confieso, me vino á las mientes decir que solo en Galicia etc. Poco despues al encontrarme con la horrible fiera y con parecido séquito, en otras importantes poblaciones, cambié de opinion, notando que en todas partes puede la humanidad dividirse en dos grandes grupos: explotadores y explotados.

JOSÉ NOVO Y GARCIA.

(Concluirá).

ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS.

SANTA MARIA DEL CAMPO

DE LA CORUÑA.

(Conclusion.)

La transformacion recibida por la iglesia parroquial en el siglo xv; las nuevas necesidades que de su elevacion provinieron, y la moda á su vez, causaron al templo señaladas injurias. Una de ellas fué la construcción de arcos rebajados sobre machones adosados á los pilares de la nave mayor, con repisas de labor *antieuritmica*, para sostenimiento del coro y sus adherencias, bajo las bóvedas cuartas y quintas, ó sea las mas próximas á la entrada principal, que no solo robaron al templo su unidad en el arte, sino que achicaron, con las tribunas de los órganos, desniveladas con el coro y corridas bajo las terceras bóvedas

de todas las naves, la regular y hermosa perspectiva de la iglesia desde su entrada, por haber abandonado el coro el ábside de la capilla mayor y haber elevado á piso alto dichos accesorios. El roce de fustes de las columnas adosadas á los pilares del arco toral, por la cara de la capilla mayor, para facilitar el acceso á los púlpitos; la ruptura del muro de la cabeza de la nave lateral del Evangelio para dar ingreso á la capilla ojival y de bóveda de nervaduras, titulada la *Virgen de la Estrella*, construcción del siglo xvi; el otro rompimiento de muro al pié de la nave lateral de la Epistola, para la puerta anacrónica de entrada á la capilla de la pila bautismal; la rozadura de otros fustes de columnas adosadas á las paredes en la capilla mayor del lado del Evangelio, para incrustar un sepúlcro aunque hermoso, de arcatura conopial, flanqueada de flameros, y del lado de la Epistola para abrir la puerta inarmónica de comunicacion á la sacristia, fueron, con algunas otras más, los sumandos de la serie de calamidades artisticas, sobrevenidas al venerable templo de Santa Maria del Campo de la Coruña.

Sobresale entre ellas la fábrica de la torre de las campanas. Esta torre que desdice tanto de la que ocupaba su lugar; que era en otro tiempo como la de la matraca, existente hasta nuestros dias; mas esbelta y arreglada á las proporciones del templo: con el cuerpo inferior un poco mas recogido que los superiores á que estaba unida por una cornisa sobre canecillos, con dos fajas despues á trechos, cuyos arcos de ventanas, dos á cada frente se hallaban solo comenzados á la altura de la Cruz del piñon de la fachada; con cuyas ventanas y su terminacion volaria á mayor altura que la facilitada á lo sucesora, debió ser deshecha hácia fines del siglo xv, y dando á la heredera mayor ancho, hubo que tomar en la fachada una parte mayor tambien; con lo que resultó pesado el accesorio, robando por consiguiente la luz y el arco á la hornacina de la Virgen de la Encarnacion, que comunicaba por aquel lado con el pié de la nave lateral de la Epistola. Detosela de cuatro arcos uno por cara, empezados al nivel del tejarez, para las campanas, y de un cornisamento ornado de entrelazados en ojiva, sobre canecillos y gárgolas de figuras, y por último de una regular flecha ó terminacion ojival de cuatro aristas, á modo de pirámide, con algunas ménsulas proximas á ellas en su tercio inferior; y al llegar á la union de estas aris-

tas, alzó el capitel, florón ó peana de la Cruz de su remate.

Frente al átrio y en el mismo pié de la nueva torre construyóse un sepulcro de arco y bóveda, el cual se descubrió últimamente. Este sepulcro es del Prior D. Juan Alfonso de Pravio, fallecido en 15 de Enero año de 1512, cuyo epitafio, muy bien grabado en letras de relieve sobre un declive de la tapa, dice así:

¡AQUI IAZE: DO: IVO: AFO: DE: PBEQ: MASTSO:
EN: THOLOGIA: ARCIDIANO: DE: MONTE
NEGRO: E: PRIOR: DESTA: COLLEGIAL: FINO
: A: XV: DE: HERO: DE: M: D: XII: ANOS:

Arrimada posteriormente á este sepulcro y torre la capilla de la Virgen del Portal, con otra dependencia, y la capilla de San José delante de la torre de la matraca; en fin á un lado y otro del pórtico, por donde sus entradas se les dieron, no han podido ménos de contribuir tales arrimos, con el ancho cedido á la nueva torre de las campanas, y por falta de sitio ó discurso, á la asombrosa colocacion de las estatuas de la Encarnacion y de San Gabriel con sus peanas casi al nivel del pavimento, ante las columnas medias de la portada y pegadas á ellas: nueva injuria artística y aun religiosa.

Ante las citadas capillas extendióse un soportal mezquino y obra hasta rebasar de la fachada por ambos costados y envolver ó abrazar la parte inferior de ambas torres, y sobre ese soportal y alguna de las capillas, habilitáronse oficinas capitulares que ciñeron además el templo por el ángulo S. O.; y que si se elevasen más para dar importancia al soportal y á las mismas oficinas, acabarían también uno y otras de asombrar y ahogar la principal y mas vistosa fachada del templo: mal deplorable que así y todo como se efectuó, ha sido la fealdad permanente de la iglesia de Santa María. Mal hubiera sido situar capillas y oficinas por los costados del templo y en planta baja, según las ménsulas antiguas lo permitían en ambos fastiales: pero siquiera sería un mal menor, si quedaba desembarazada la fachada principal y con luces suficientes la iglesia.

Vino todavía á completar el número de desaciertos al exterior, la arquitectura greco-romana, empleada en la cantería para sostenimiento de las rejas que separaron del pórtico los soportales, comunicando

de noche y á ciertas horas del día por este lado, la entrada á la colegial y á sus capillas externas.

ANTONIO DE LA IGLESIA.

LA CREMACION FACULTATIVA

¿SATISFACE LAS EXIGENCIAS DE LA HIGIENE PÚBLICA?

DISCURSO del Licenciado en Medicina y Cirujía D. Ricardo Nóvoa y Nóvoa, en el acto solemne de hacer los ejercicios al grado de Doctor en la Real Universidad de la Habana el 29 de Setiembre de 1879.

(CONTINUACION).

Los primeros que idearon embalsamar los cadáveres fueron los egipcios con el único fin de conservarlos entre los vivos; pero bien pronto la autoridad se declaró contraria á esta práctica, y la cremacion vino á sustituir á los embalsamamientos.

Nada mas digno de estudio, bajo el punto de vista antropológico, que la historia de los usos y costumbres de los diferentes pueblos sobre este particular.

Los egipcios según Diodoro de Sicilia, practicaban tres clases de embalsamamiento. Los de primera clase, para nobles y ricos, costaba un talento (4,500 francos); los de segunda para la clase media, costaba veinte minas; (1,500 francos), y los de la tercera para los pobres costaba muy poco y el precio era convencional.

Pero no todos los cadáveres eran dignos de ser embalsamados. Antes de esta operacion el difunto era sometido á un juicio: si resultaba que habia sido probo y virtuoso, era embalsamado y conservado en monumentos especiales mas ó menos suntuosos según la gerarquía ó categoría social á que habia pertenecido (1) mas si por el contrario su vida habia sido manchada por el vicio ó por el crimen, se le declaraba indigno y era arrojado á una hoya comun llamada *tártaro*.

Las tumbas construidas para los magnates son verdaderas obras de arte que las edades admiran. Las pirámides no reconocen otro origen.

Según Herodoto al pueblo no le gusta-

(1) Desde la mas remota antigüedad el pueblo egipcio estaba dividido en seis categorías. El rey y los principes constituan la primera: el Clero la segunda, — en esta categoría estaban los Médicos: — los soldados la tercera. Los artesanos, jornaleros y pastores las tres restantes.

ban las maniobras del embalsamamiento y las personas encargadas de practicarlos, tenían que huir una vez terminada la operación, si no querían ser víctimas de las iras del populacho.

En los alrededores de Jerusalem y en la bella Palestina, existen y pueden verse todavía, los suntuosos sepulcros de los *hebreos*, cuyos leyes imponían la obligación de que aquellos habían de distar de la ciudad cincuenta codos por lo menos.

Los *griegos* practicaban la inhumación pero así como en Esparta se conservaban los cadáveres en el seno de la ciudad, las leyes de Atenas prescribían que los enterramientos se verificasen en sitios distantes de las poblaciones. Estaba además en uso la incineración, como privilegio concedido á los guerreros, y mientras el cadáver se consumía en la pira, los sacerdotes hacían sacrificios, y el pueblo se entregaba á los juegos públicos. Las cenizas eran luego recogidas y conservadas en urnas de metales preciosos.

Los *asirios* arrojaban los muertos á algún río.

Los *ascitas* sepultábanlos en la nieve ó los echaban al mar.

Los *germanos* los quemaban en una pira.

Los *etiopes*, los guardaban en colmnas de cristal, que eran verdaderos sarcófagos.

Los *judíos* los enterraban en los jardines, en los campos, en los montes ó en los caminos.

El *rito mosaico* declaraba impuro al que hubiese tocado algún cadáver.

Entre los *indios* se consideraba así mismo impuros por espacio de diez días á todas los parientes del finado.

Los *galos* incineraban los cuerpos de los guerreros envueltos en las banderas que habían conquistado.

Los *romanos* se hicieron enterrar en un principio dentro de la misma ciudad y hasta en el interior de las casas; «*Præus in domo sua quisque sepeliebatur*,» nos dicen los historiadores: con anterioridad al año cuatrocientos noventa, un jefe de la ley de las doce tablas, prohibió enterrar y quemar un cuerpo humano en el interior de Roma. Esta prohibición consignada en la décima tabla «*Homínem mortuum in urbe ne sepelito, neve urito*» de la ley decenviral, fué varias veces renovada y existió, así en tiempo de la república, como del imperio; á pesar de la resistencia siempre creciente del espíritu de piedad y de respeto al culto privado de los dioses lares.

Segun se infiere de algunos edictos de Adriano y de Diocleciano, las ideas religiosas excluían también de las ciudades á los muertos: *ne funestentur sacra civitatis*.

Era costumbre que los cadáveres estuviesen espuestos al público por espacio de siete días, despues de haber sido lavados en agua caliente, ungidos con esquisitas esencias y vestidos con sus mejores ropas; y á los que habían de ser incinerados se les amputaba un dedo de la mano para pagar con este un tributo á la tierra. Colocábanse enseguida sobre un lecho mortuorio en el vestibulo de la casa, y le ponían en la boca, el óbolo ó moneda con que había de pagar el pasaje de Arqueron. Los parientes y amigos acompañaban el cadáver á la fosa ó á la hoguera y el cortejo fúnebre hacía su procesion de la siguiente manera. Rompían la marcha los músicos entonando tristes cantares, seguían á estos las plañideras encargadas de llorar la muerte del finado; luego el maestro de ceremonias y los servidores de la casa vestidos de negro, cumplían su encargo que consistía así como el de los histriones y bufones que seguían detrás en remedar los gestos, voz y fisonomía del difunto. Cerraban la comitiva los amigos y los parientes llevando el retrato del patricio finado, y los de sus padres y antepasados, así como también los vestidos del difunto colgados de largas perchas. Llegaban al sitio fúnebre, abrazaban al muerto por última vez, le envolvían en un lienzo de amianto y enseguida lo entregaban á la hoguera donde arrojaban también los vestidos, los perfumes y los objetos usuales, de que mas había gustado en vida. Las cenizas eran recojidas y colocadas en una urna en el *columbarium*, especie de altar funerario erigido al efecto y que recibió este nombre por el gran número de nichos de que constaba.

Cumpliendo con la ley decenviral todos los cadáveres eran inhumados ó incinerados fuera de la ciudad, y los ricos propietarios se hacían enterrar en sus villas, en sus jarlines, en sus bosques. Sin embargo, la vía pública era preferida y una prueba de ello, es que todas las vías que partían de Roma estaban bordeadas de sepulcros y muy especialmente las vías Appia, Latina y Flaminia.

(Continuará)

ECOS DE ORENSE.

Después de una prolongada soñolencia motivada sin duda por la dimisión del dignísimo Alcalde Sr. Pereiro Rey, parece que el Ayuntamiento de esta capital comienza á despertar á nueva vida, acometiendo las reformas que son tan necesarias en nuestra población. En breve se anunciarán á subasta las obras de la Casa Consistorial, cuya construcción sino responde á las necesidades de un edificio de este género en una capital de provincia, evitará el desagradable aspecto que presenta la obra que se hallaba paralizada en un punto tan céntrico como es la Plaza de la Constitución.

Se han presupuestado 8.000 pesetas para atender á las obras de desagüe y limpia del Barbaña, río de estrecho cauce y estancadas corrientes en donde desahogan todas las letrinas, y que por esta circunstancia y por su proximidad á la población, constituye un verdadero peligro para la salud del vecindario.

No podemos menos de aplaudir esto acuerdo que tiende á remediar graves males, tantas veces por nosotros denunciados.

Falta ahora que la Comisión de abastos participe de la misma actividad y se dedique sin pérdida de tiempo, á atajar los escandalosos abusos que se cometen en los mercados públicos, y que son causa de que la subsistencia de la clase proletaria en Orense, se haga difícil, por no decir imposible. Los acaparadores de artículos de primera necesidad, gozan de libertad absoluta, y ejercen un inconcebible monopolio con grave perjuicio de los consumidores que compran todo al precio que á aquellos se les antoja, de lo que resulta la carestía de los artículos de primera necesidad, nunca recordada en Orense, ni aún en los años de mayor escasez.

Creemos que nuestro Ayuntamiento debe fijarse en esta cuestión, por lo mismo que afecta tan directamente al público.

Se están celebrando en la S. I. Catedral los ejercicios de la Misión costeados por una devota. Bueno es que ya que no hay quien se esfuerce mucho por dar el pan de cada día á los pobres, que haya quien se desprenda de parte de sus mundanos intereses para que se alimente con buenas doctrinas el espíritu de los que, si no fomentan la pobreza, la miran indiferentes.

Necesitamos de una predicación cons-

tante y activa contra la usura, que va tomando las proporciones de una verdadera plaga social entre nosotros, y si la persuasiva elocuencia del R. P. Misionero consigue desterrarla, bien puede decirse que ha redimido á esta población de la más amarga de las esclavitudes.

Para conseguir estos inmensos beneficios; para llevar el verdadero amor y fraternidad cristianas al seno de las familias: para ahogar los ecos de la murmuración y de la calumnia; para que llegue á ser una verdad práctica aquella sublime máxima «amaos como hermanos,» preciso es que tanto la señora que costea la Misión, como las personas que á ella asisten, formen el inquebrantable propósito de ejercitar las regeneradoras y vivificantes doctrinas predicadas por el Mártir del Gólgota, y que concurren á oír la divina palabra, no por fórmula, ni por vano alarde de catolicismo, sino por convicción y con el deseo de la enmienda.

¡Plegue al cielo que produzca los apetecidos resultados esta predicación!

Antes de continuar la edificación del nuevo Instituto provincial, va á procederse al derribo de los dos cuerpos de la fachada del Mediodía.

Antes creíamos que el Instituto era una obra de romanos; pero ahora vemos que más que á aquellas construcciones se asemeja á la tela de Penlope. Si la Diputación, más previsora, hubiese encargado la inspección de las obras á una persona facultativa, no se llegarían á tocar estas ruinosas consecuencias; pero aquí somos así tan olvidadizos y abandonados, aun para todo lo que entraña el mayor interés, no vacilamos en confiar los trabajos que son de la exclusiva competencia de los Arquitectos, á los Ayudantes de Obras públicas y... así anda ello.

Nos ha causado profunda pena, lo mismo que á los numerosos amigos que tenía en esta población, la muerte del ilustrado y laborioso joven D. German Conde Ojea, ocurrida en la ciudad de Pontevedra. Enviamos el más sentido pésame á su familia y hacemos votos por el eterno descanso del que, sin hacer versos, era poeta de corazón, y uno de los que profesaban más entrañable cariño á esta vieja tierra, por cuya independencia hubiera arriesgado la vida que tras de una penosa y cruel enfermedad arrebató la muerte apenas había traspuesto el dintel de la juventud.